

2. *Un farmacéutico, un economista y un cardenal-teólogo reciben simultáneamente el doctorado honoris causa de una de las más prestigiosas universidades católicas del mundo. ¿Tiene esta coincidencia algún significado particular?*

Ni más ni menos que el acontecimiento en sí mismo. Una vez más se pone de relieve cómo todas las ciencias humanas están al servicio de la verdad; la belleza suprema con que el Creador ha enriquecido el mundo puede ser constantemente tema de una investigación honesta y verdadera por parte de personalidades eminentes, como afirmó el Beato Escrivá en una ocasión similar a ésta.

3. *Instituciones como la Universidad de Navarra, ¿en qué modo pueden contribuir al nacimiento de una nueva Europa?*

La Universidad de Navarra es un lugar donde se procura realizar un trabajo intelectual con la máxima profundidad posible, en nombre de un espíritu universitario que torna a hacer presentes las raíces comunes de la civilización europea. Ciertamente contribuye a la realización del empeño hacia el que el Santo Padre convoca a los cristianos de nuestro continente: la nueva evangelización de Europa. Todos esperamos que la nueva Europa que está naciendo sea cristiana, al menos en los principales valores que la inspiren.

4. *¿Qué piensa del proyecto cultural de la Iglesia en Italia; y cómo puede contribuir en su realización el Opus Dei?*

Pienso que se trata de un programa pastoral ambicioso y muy atrayente que la Iglesia en Italia se ha propuesto; y que no faltarán la gracia de Dios ni el

empeño de todos los católicos italianos para llevarlo a buen fin. Desde hace tiempo rezo personalmente y hago rezar en ese sentido. Todos los fieles de la Prelatura del Opus Dei en Italia se esforzarán, como siempre, en seguir las directrices de los obispos y, como les es habitual, en difundir la vida cristiana en los más diversos ambientes de la sociedad civil, donde trabajan como todos los demás ciudadanos, sus iguales.

Il Tempo (Roma) 12-IV-1998

«El cristiano no puede esperar pasivamente el fin de la historia», artículo publicado el domingo de Pascua en el diario "Il Tempo", de Roma.

«He resucitado y viviré siempre contigo»: con estas palabras comienza la Misa del día de Pascua. Cristo nos asegura que su victoria sobre la muerte es garantía y promesa de una renovación profunda de la vida de cada cristiano y del mundo entero. Cristo, en efecto, vive, y está con nosotros para siempre. Una mirada superficial al mundo y a las constantes heridas que lo afligen parecería desmentir la confianza de los creyentes en la presencia perenne de Jesús en la historia. Sin embargo, si la Resurrección constituye el fundamento más sólido de la fe, como afirma San Pablo (cfr 1 Cor 15, 16-17), ninguna tragedia, ni histórica ni individual, puede convertir en ilusoria la esperanza cristiana.

La Pascua nos obliga a mirar con ojos distintos nuestra propia vida y la

misma historia del mundo. Desde hace dos mil años ya, los cristianos creen que Cristo ha vencido sobre la muerte y el pecado. Desde hace dos mil años, se obstinan en cultivar la certeza de que el mal pertenece a una fase transitoria del acontecer humano. Y desde hace esos dos mil años la experiencia cotidiana parece querer inducirles al desencanto. Es por eso muy común, aun en países de antigua tradición cristiana, la idea de que la fe es una de las tantas ilusiones propias de la infancia, cuando todavía se cree que todos los hombres son buenos. Después, hay que crecer, afrontar la vida: el hombre maduro —se dice— es aquel que conoce el mal.

Hoy debemos comprender, una vez más y mejor, que Cristo venció verdaderamente al pecado. Esto significa que, para quien mira el mundo con ojos de verdadera fe, el pecado —aunque con su potencia devastadora obstaculice las relaciones entre los hombres, arranque de los corazones la confianza recíproca y reduzca la necesidad de amor al instinto de autodefensa— en realidad no deja de ser algo anecdótico, y un día tendrá fin. Se nos muestra duro, amargo, difícil de combatir; pero, pese a todo, e inevitablemente está destinado a desaparecer de la escena del mundo. El cristiano sabe que la victoria de Cristo es segura. Cree firmemente que el mal se verá cancelado. Cree que triunfarán el amor y la justicia.

Pero el cristiano no puede esperar pasivamente el fin de la historia, porque es ciudadano del mundo, llamado por Cristo a colaborar con la salvación, a la lucha contra el mal. En una homilía sobre la Pascua, el Beato Josemaría Escrivá escribe: «Se comprende muy bien la impaciencia, la angustia,

los deseos inquietos de quienes (...) no se resignan ante la injusticia personal y social que puede crear el corazón humano. Tantos siglos de convivencia entre los hombres y, todavía, tanto odio, tanta destrucción, tanto fanatismo acumulado (...). Comprendo y comparto esa impaciencia» (*Es Cristo que pasa*, n. 111). Pero la conclusión de estas consideraciones constituye un grito de optimismo: «La experiencia del pecado no nos debe hacer dudar de nuestra misión» (*ibid.*, n. 114). Estamos llamados a tomar parte en la Pasión de Cristo, para ser así partícipes también de su Resurrección y difundir su potencia salvífica. Mientras estemos sobre la tierra, el mal se mezclará siempre con el bien, como la cizaña con el grano de trigo. Por eso, la vida cristiana es una llamada continua a la conversión, lucha contra el pecado, y no presunción de impecabilidad. «*Ave Rex noster: tu solus nostrus es miseratus errores*», hemos recitado en la liturgia del miércoles santo: Cristo tiene compasión de nuestros errores y los sana.

La Pascua nos confirma en la esperanza. La victoria de Cristo es también nuestra victoria. Acogiendo la gracia que nos llega por medio de los sacramentos de la Iglesia, podemos verdaderamente eliminar poco a poco el mal de nuestra vida. Y así llegar a ser partícipes del amor salvífico de Cristo, difundiendo en el mundo el don que Él ha venido a traer a los hombres: el amor que perdona y salva.

Si «don» es la palabra más frecuente entre quienes se aman, ¿cómo vamos a maravillarnos de que ese apelativo de «Don» sea uno de los nombres del Espíritu Santo, Persona de la Santísima Trinidad en la que toda la Iglesia medi-

ta durante este segundo año de preparación para el Gran Jubileo? Precisamente Él, el Espíritu Santo, como da a entender el apóstol Juan (cfr *Jn* 7, 39), no podía ser donado a la humanidad si no hubiera existido el Viernes Santo. La Resurrección sucede a la Cruz.

Esta ciudad de Roma está palpano el empeño apasionado del Vicariato para coordinar los esfuerzos destinados al desarrollo de la Misión Ciudadana de preparación del Gran Jubileo. Se trata de una llamada a nuestro compromiso de testigos del Evangelio, a nuestra fe y a nuestra esperanza en Cristo vivo. Una verdadera movilización al servicio de las necesidades espirituales de todos los romanos, porque, como el Santo Padre ha recordado durante estos días, la Iglesia *debe* servir al hombre *si quiere* servir a Dios.

Avvenire (Milán) 28-V-1998

«El Opus Dei vivirá con vosotros la Pentecostés», artículo publicado con ocasión del encuentro de Movimientos eclesiales convocado por el Papa en la solemnidad de Pentecostés.

Las fiestas litúrgicas son mucho más que piadosos ejercicios de la memoria. Cada vez que celebra una fiesta, la Iglesia *vive de nuevo* un acontecimiento, e invita a los fieles a repetir la experiencia original de los primeros protagonistas del evento. Y es que «Jesucristo es el mismo ayer y hoy, y por los siglos» (*Heb* 13, 8).

Pensemos en la solemnidad de Pentecostés. La escena que narran los *Hechos de los Apóstoles* tiene perenne actualidad. Cada uno de nosotros comprende en su propio idioma el anuncio de la salvación. Nos sentimos unidos a todos los cristianos, con un vínculo más fuerte que cualquier posible diferencia. Palpita intacta en la Iglesia la fuerza que impulsó a los Apóstoles a llevar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Si sabemos escuchar y seguir la voz del Espíritu Santo, aquel viento impetuoso que sacudió los muros del Cenáculo no dejará nunca de soplar sobre el pueblo de Dios.

El sábado próximo, vigilia de la fiesta de Pentecostés, el Santo Padre presidirá un encuentro que se nos propone como signo tangible de la presencia viva del Espíritu Santo en la Iglesia. Alrededor del Papa, al término de su Congreso mundial, se reunirán representantes de los numerosos movimientos eclesiales suscitados a lo largo de estos años por el Espíritu, como confirmación de la inagotable fecundidad de la Esposa de Cristo. Estas realidades son un *signo de esperanza* para el presente y para el futuro. Alimentan nuestra esperanza su entrega a la labor de evangelización, su capacidad de difundir la fe en los más variados ambientes, la coherencia cristiana que promueven en todas partes, la alegría de tantos hombres y tantas mujeres que redescubren —gracias a su testimonio— la radicalidad de los compromisos bautismales. Como ha ocurrido en todas las etapas de la vida de la Iglesia, ya desde sus primeros pasos, los movimientos son hoy expresión viva de la acción del Espíritu Santo en el mundo. Su presencia redundará en beneficio de todos, porque todos encontramos consuelo y estímulo en el buen ejemplo